

# ¿Tiene futuro el humanismo?

EDISON OTERO B.\*

Planteamos nuestro tema en la forma de una pregunta y nuestra reflexión adopta esta forma, porque responder constituye un problema.

Un problema, por de pronto, porque el tema es hoy casi un anacronismo; qué es “humanismo”, quiénes son “humanistas”, todo ello circula en una atmósfera enrarecida, confusa, llena de imprecisiones y de significados que se diluyen. Es tal la ambigüedad que si alguien, hoy por hoy, se autoproclama como “humanista”, al hacerlo nos deja en la misma indeterminación existente hasta antes de su autoproclamación. Como se sabe, cualquier intento por ir a las definiciones originales de los conceptos, no remedia nada. Los problemas de la convivencia humana no tienen que ver con la lógica sino con las percepciones y las interpretaciones.

Requerimos, pues, otro camino:

Les propongo una reflexión en voz alta desde la alegoría platónica de la caverna, a mi juicio, la más potente metáfora comunicada por la filosofía.

Como ustedes saben, la alegoría de la caverna plantea la difícil relación entre los prisioneros y quien desea rescatarlos de su condición.

Se trata de una relación complicada, porque quien viene a rescatarlos, ofreciendo una vida mejor, es rechazado violentamente.

La sorprendida reflexión de quien lee por primera vez la narración

\* EDISON OTERO: Profesor de Filosofía. Imparte clases en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

platónica gira, comprensiblemente, en torno de este paradójico rechazo. Uno se pregunta cómo es posible que un grupo de personas pueda resistirse a la invitación a otra vida, libre y luminosa. ¿Quién podría rechazar una opción tal? El hacerlo supondría una contradicción demasiado flagrante con algunos supuestos cardinales sobre la naturaleza humana. Esto nos descoloca.

Recordemos: Los prisioneros están encadenados; ya ha habido suficiente interpretación sobre la simbología de esas cadenas: Se trata de los prejuicios, las supersticiones, los mitos, etc.

Los prisioneros no desean quitarse esas cadenas. Incluso más, es necesario no olvidar que el ahora rescatador era uno de los prisioneros y fue obligado a ascender por el camino que lleva hasta fuera de la caverna. La narración no precisa quién o quiénes procedieron a forzarlo fuera de su condición. El hecho es que ha visto algo diferente, en algún sentido superior, y desea comunicarlo a sus congéneres.

También conocemos de sobra las interpretaciones sobre eso diverso percibido: la luz, la razón, la verdad, el bien. Los prisioneros renuentes se nos aparecen, en consecuencia, como gente ciega, estrecha de miras, limitada y prejuiciosa y su reacción violenta contra quien desea liberarlos nos recuerda, casi espontáneamente, la tragedia de Sócrates condenado por su propia polis; la de Bruno quemado en la hoguera, la de tantos otros.

Estamos en plena lectura iluminista. El rescatador actúa en nombre de la razón, de la ciencia, del conocimiento; su promesa es la verdad, el fin del error, la muerte de la superstición; su anuncio es la nueva era de la luz, la mayoría de la sociedad, el progreso incontrarrestable de la condición humana. El rechazo temporal por parte de los prisioneros será enfrentado con generosos programas de educación generalizada, destinados a preparar al populacho ignorante para la nueva vida.

Diderot pudo decir, confiado en la fuerza incontenible de la razón, que cuantos más fueran a Constantinopla, donde estaba la academia, menos irían a la Meca, donde estaba el clero.

¿Y qué resultó de la crítica implacable a las religiones, esto es, del despedazamiento de las cadenas de los prisioneros?

Según Nietzsche, el resultado es el más abrumador de los nihilismos. ¿Estamos condenados, entonces, a elegir entre el mito y el nihilismo? Volvamos al prisionero que, luego de ser obligado a ver la luz, regresa a la caverna con el bienintencionado propósito de rescatar y liberar a sus congéneres.

El ha concluido que sus congéneres viven en la superstición. ¿De dónde ha salido este concepto? Por de pronto, ¿quién decide que los prisioneros viven en la superstición? Por supuesto el filósofo iluminista, el antropólogo tradicional, el misionero conquistador. Porque los prisioneros no se ven a sí mismos como tales. Otros los juzgan en tal condición. En consecuencia, el rescador desea imponer su interpretación a sus congéneres, en la convicción de que él no está en una interpretación cualquiera sino en la interpretación correcta.

Vieja tentación. Se trata de la tentación evangelizadora, de la tentación misionera, de la tentación de que la propia experiencia es el mejor de los puntos de vista posibles. Una vez concluido este razonamiento, lo que sigue es la acción de adoctrinar al resto del mundo.

Las grandes religiones, las grandes ideologías, han padecido sistemáticamente esta tentación de bajar a la caverna y supuestamente liberar la condición humana suficiente.

Y lo que es, seguramente, lo más paradójico de todo, es que esta tentación evangelizadora alcanzó también al racionalismo luminoso y a la perfecta ciencia.

Las lobotomías cerebrales, los encierros psiquiátricos, las higienes étnicas, las torturas, Hiroshima y Nagasaki, y los aprendices de brujos de la genética, tienen todos el signo de la ciencia, la certeza y la objetividad. Los grandes crímenes justificados por los grandes humanismos. Estamos en la atmósfera temible del fanatismo. Como dice Cioran, en pasajes inimitables:

“En sí misma, toda idea es neutra o debería serlo; pero el hombre la anima, proyecta en ella sus llamas y sus demencias; impura, transformada en creencia, se inserta en el tiempo, adopta figura de suceso: el paso de la lógica a la epilepsia se ha consumado... Así nacen las ideologías, las doctrinas y las farsas sangrientas.

Idólatras por instinto, convertimos en incondicionados los objetos de nuestros sueños y de nuestros intereses. La historia no es más que un desfile de falsos Absolutos, una sucesión de templos elevados a pretextos, un envilecimiento del espíritu ante lo Improbable. Incluso cuando se aleja de la religión el hombre permanece sujeto a ella; agotándose en forjar simulacros de dioses, los adopta después febrilmente: su necesidad de ficción, de mitología, triunfa sobre la evidencia y el ridículo. Su capacidad de adorar es responsable de todos sus crímenes: el que ama

indebidamente a un dios obliga a los otros a amarlo, en espera de exterminarlos si se rehúsan. No hay intolerancia, intransigencia ideológica o proselitismo que no revelen el fondo bestial del entusiasmo. Que pierda el hombre su facultad de indiferencia: se convierte en asesino virtual; que transforme su idea en dios: las consecuencias son incalculables. No se mata más que en nombre de un dios o de sus sucedáneos: los excesos suscitados por la diosa Razón, por la idea de nación, de clase o de raza, son parientes de los de la Inquisición o la Reforma. Las épocas de fervor sobresalen en hazañas sanguinarias: Santa Teresa no podía por menos de ser contemporánea de los autos de fe y Lutero de la matanza de los campesinos. En las crisis místicas, los gemidos de las víctimas son paralelos a los gemidos del éxtasis... Patíbulos, calabozos y mazmorras no prosperan más que a la sombra de una fe, de esa necesidad de creer que ha infestado el espíritu para siempre. El diablo palidece junto a quien dispone de una verdad, de su verdad.

Somos injustos con los Nerones o los Tiberios: ellos no inventaron el concepto de herético: no fueron sino soñadores degenerados que se divertían con las matanzas. Los verdaderos criminales son los que establecen una ortodoxia sobre el plano religioso o político, los que distinguen entre el fiel y el cismático”.

Así, pues, la crítica de la superstición estaba basada en sus propias supersticiones. Habría que modificar la alegoría de la caverna; tal vez, una sucesión de planos, cada uno con sus propias cadenas, en una interminable dinámica de esclavitudes y libertades posibles.

Hay que poner en duda, entonces, todo concepto de salvación inducida; o, acaso, cualquier concepto de salvación.

¿No tendría sentido, más bien, respetar la condición de los prisioneros?

Tal vez no estén prisioneros. Esas cadenas son sus confianzas, sus seguridades, sus construcciones de sentido. ¿A título de qué destruirlas?

Y si están efectivamente prisioneros, entonces no hay nadie que no lo esté con algún tipo de cadenas.

Los hombres habitan en el mito como en sus casas, su domicilio. Destruir los mitos es volver a los hombres extranjeros de sí mismos. Es abrir la caja de Pandora.

Dice Nietzsche en *El nacimiento de la tragedia*:

“He aquí nuestra era... volcada al exterminio del mito. El hombre de hoy, despojado del mito, se yergue famélico sobre su propio pasado y debe escarbar frenéticamente buscando sus raíces entre las más remotas antigüedades”.

A menos que alguien pretenda haber alcanzado la verdad absoluta definitiva (siempre hay quienes lo pretenden, pero siempre termina siendo un fraude), todos nuestros pretendidos humanismos son los nombres para las perspectivas evangelizadoras de comunidades y experiencias humanas muy específicas, que han sucumbido a la tentación de imponer su experiencia propia a otras comunidades humanas.

La idea parece ser poseer la verdad única, la moral única, la ley única. Ninguna creencia verdaderamente intensa tolera la variedad. El monoteísmo es una sofisticación teológica pero también una forzada simplificación de la experiencia humana.

La verdad única no es una unidad de lo diverso sino una unidad por eliminación de lo diverso. El ideal de la verdad única (teológica, filosófica, ética o política) nos vuelve incapaces de admitir la diversidad, la diferencia. Dada una diversidad de ideas, creencias o percepciones, una de ellas tiene que ser verdadera, y el resto ha de ser erróneo. El error equivale a la falsedad, y la falsedad equivale al mal. Y el mal debe ser perseguido y eliminado.

Por eso no hay verdad posible en lo aborigen, en lo bárbaro, en lo indígena, en lo salvaje, en lo primitivo, en lo incivilizado, en lo inculto. Por eso había que conquistar, dominar, colonizar, evangelizar, civilizar, culturizar, adoctrinar.

Todo ello está predicho en la alegoría de la caverna. Se retorna para recuperar lo extraviado, para incorporar lo distinto, para someter lo diferente a la luz única.

Soy humanista pues cuando tengo la noble aspiración de que toda la diversidad humana se amolde y se adapte a mis valores, a mi concepción de la dignidad del hombre, a mi concepción de la palabra, a mi aprecio por lo greco-latino, a mi concepción de la belleza.

Cuando uno se cree en la luz, ve cavernas en todos los demás; ve cavernas y ve sombras y siente el deber moral de salvar a la humanidad.

Prisioneros, cavernas, sombras, cadenas: curioso vocabulario, curiosa descripción, curiosa expresión de etnocentrismo, de unilateralidad, de particularismo, de sectarismo.

Toda esa visión de las cosas y de la condición humana está por los suelos,

sin resucitación posible. Y todas sus consecuencias sociales resultan hoy anacrónicas, por reales que sean. Después de Vietnam, ningún fervor bélico, ningún credo incendiario, acarrea simpatías planetarias. Después del apogeo ya ido de la cultura occidental europea, ninguna experiencia particular identifica al género humano; ya resulta claro: Todos los humanismos, aunque genéricos en sus pretensiones, eran humanismos regionales, provincianos, convencidos de haber sido elegidos como representantes de la humanidad en su conjunto.

Así, pues, hemos aquí en plena era del relativismo. No está mal, si eso nos infunde una razonada humildad, y pone al desnudo nuestras soberbias absolutistas. La única experiencia universal auténtica de la condición humana actual es el descubrimiento, en las imágenes y no en los conceptos, de la diversidad de la experiencia humana, de la existencia de diferencias reales que, sin embargo, pueden coexistir. Los medios de comunicación están aboliendo todas las fronteras del pasado, geográficas o mentales.

Así, en consecuencia, a la diversidad de la experiencia humana le corresponde una pluralidad en el plano de las ideas.

Debemos asumir el relativismo, que no quiere decir, por supuesto, que todo es relativo sino que cada concepto tiene un campo acotado de aplicación. No todo puede valerlo todo, para todos, en todas las circunstancias.

Hay quienes se lamentan de esto, porque añoran el pasado de verdades monopólicas incuestionadas. Creen que el hombre se perderá sin referencias absolutas únicas, sin credos universales.

Tal vez. Por ahora asumamos el relativismo, siquiera como pensamiento convalesciente, como ética de transición. Lo que sabemos, claramente, ahora, es que no hay una verdad única que deba ser enseñada a todos los hombres, o en la que todos los hombres deban ser adoctrinados.

A veces, pero cada vez más sólo a lo lejos, me dejo persuadir por el argumento de que el relativismo es lógicamente insostenible. En esas ya escasas ocasiones opongo dos objeciones a ese argumento. La primera de ellas plantea que no hay una manera única y correcta de pensar, con reglas inviolables. La segunda es una reflexión desarrollada por el astrónomo Carl Sagan.

Este hombre de ciencia se plantea el problema de la comunicación de los sofisticados conceptos de su disciplina. En materia de astronomía, los tiempos y las distancias escapan a las unidades de medida que usamos

comúnmente. ¿Cómo, entonces, transmitir la idea de esas dimensiones astronómicas? Con este objeto, y en el marco de la producción de una serie televisiva, Sagan elabora su metáfora: el calendario cósmico.

Actualmente, se le asigna al universo una edad de 15 mil millones de años, tomando como referencia el suceso llamado Big Bang, el fenómeno más remoto del que se tiene noticia. La idea de Sagan fue comprimir esos 15 mil millones de años en un intervalo de un año. De este modo, el Big Bang ocurre en los primeros segundos del 1 de enero del calendario cósmico.

Así, y resumiendo al máximo, la Vía Láctea se forma hacia el 1 de mayo. El sistema solar se origina el 9 de septiembre y la Tierra aparece el 17 del mismo mes. También en septiembre, pero el día 25, surge la vida. Hacia el 1 de diciembre se forma una atmósfera apreciable de oxígeno en el planeta. El primer hombre hace su entrada a eso de las 22.30 hrs. de la noche del 31 de diciembre, último día del calendario cósmico. La cultura neolítica comienza faltando 25 segundos para la medianoche. En esos 25 segundos restantes se produce la historia del hombre hasta hoy: 25 segundos del último minuto, de la última hora, del último día, del último mes del calendario cósmico. Allí está condensado todo, toda la miseria y toda la grandeza de la especie humana. Se trata de una metáfora impresionante y conmovedora, porque queriendo representar en términos comprensibles la edad del universo reduce la aventura humana a los últimos 25 segundos. ¿En qué basa, entonces, el hombre su pretensión, una y otra vez expresada, de haber descifrado todos los misterios, de conocer la verdad, de comprender el universo y de tener todas las respuestas para todas las preguntas? ¿Cómo podría una especie como la nuestra, recién aparecida sobre el planeta —un pequeño planeta en una inmensa galaxia, galaxia que no es más que una entre millones de otras—, pretender que sus afirmaciones sobre el universo y su sentido tengan algún grado de certeza?

Creo que ésta es la única perspectiva posible para un humanismo, hoy.

ATENEA y de las Representaciones  
Diplomáticas y Consulares de Chile  
en diversos países del mundo